

CAPÍTULO XXIII

FLORENCIA SOLITARIA Y EL GUARDIA MARINA MISTERIOSO

Solitaria se encontraba Florencia en la triste casa de su padre. Pasaban los días y Florencia seguía sola entre aquellas oscuras paredes que la contemplaban abatida como si, semejantes á Gorgona, quisieran convertir su juvenil belleza en piedra.

Los cuentos de castillos encantados no han imaginado nunca un encierro, en medio de espesísimo bosque, más completo que para Florencia lo era la casa de su padre. Por la noche, cuando la claridad de luces surgía por las ventanas de las casas vecinas, la morada de mister Dombey se destacaba como una mancha negra, y por el día entristecía la calle con su fachada tenebrosa.

Faltaban, es verdad, á la puerta los dos dragones vigilantes que en los encantamientos seguramente se hallan; pero en cambio custodiaba la entrada un rostro avizor, con maligna expresión de boca, al acecho de cuantos se acercaban; había, además, una reja fantástica de barrotes retorcidos y entrelazados como una arboleda petrificada, y luego, á uno y otro lado de la puerta, dos jarrones, ominosos apagaluces que parecían decir: « Vosotros, los que entráis, re-

nunciad á la luz ». No había ninguna mágica inscripción grabada en el atrio, pero tal apariencia de abandono tenía la casa, que los chicos rayaban con tiza la reja y la fachada — particularmente en la esquina, — y por vengarse de Towlinson, que alguna vez los espantaba, trazaban en la puerta cochera unas cabezas que, por su intención, eran el retrato de su perseguidor, con unas orejas de burro que salían por debajo de su sombrero, colocado en línea horizontal. Dentro de la casa no se advertía el menor ruido. La murga que por esta calle tenía costumbre de pasar un día á la semana, se guardaba bien de tocar ante la casa de mister Dombey: hasta el organillo de voz chillona y un si es no es desentonada, con sus muñequillos bailantes, dejaba de tocar delante de la casa de Dombey, huyendo de un lugar tan inhospitalario.

Es cosa averiguada también en los cuentos que cuando un castillo está encantado, sumido en sueño, no por esto deja de tener frescura y vida. Pero muy de otro modo acaecía en la casa de Dombey. Todo era en ésta desolación y abandono. En las habitaciones silenciosas se veían las cortinas, sin gracia, ni forma, pendientes como tristes despojos. Los muebles, enfundados, tapados siempre, parecían aprisionados en un almacén abandonado. Los espejos estaban empañados, como por el hálito de los años. Las alfombras mostraban sus colores apagados y figuras borrosas, como el recuerdo de insignificantes hechos mal impresos en la memoria. Los pisos, perdida la costumbre de los pasos humanos, rechinaban y se estremecían si por ellos alguien pasaba. Las llaves estaban oxidadas en las cerraduras de las puertas. La humedad manchaba las paredes, y ante aquella invasión retrocedía la pintura, dejando el sitio

El moho crecía en los rincones de los cuartos y en las cuevas los hongos. El polvo se aglomeraba por montones, sin que nadie se pudiera explicar por dónde entraba: no se hablaba en la casa más que de arañas, polillas y gorgojos. De cuando en cuando se tropezaba en la escalera ó en las habitaciones altas con una corredera extraviada, inmóvil, sorprendida ella misma de verse en tales soledades. Por la noche chillaban los ratones al entrar y salir por sus ocultos agujeros.

La triste magnificencia de los salones de recibo, en donde apenas se veía por estar cerradas completamente las persianas, daba idea de una mansión encantada. Las patas de los leones dorados aparecían deslustradas por bajo de las fundas; los bustos de mármol se revelaban misteriosos y pálidos bajo los velos que los cubrían; los relojes no contaban ya el tiempo, excepto algunos que por casualidad tenían cuerda y que andaban de manera inquietante, señalando unas horas inexistentes en la esfera terrestre; de cuando en cuando las arañas suspendidas del techo retiñían como tocando repentinamente á rebato; los mitigados sonidos del aire que por entre aquellos objetos fantásticos pasaba, contribuía á darles apariencia de espectros. Luego venía una escalera, la grande, en la que el señor de aquellos lugares muy rara vez ponía los pies desde que su hijo había pasado por allí para ir al cielo. Luego eran otras escaleras y pasillos, desiertos durante semanas enteras; luego dos habitaciones cerradas, donde habían muerto personas de la familia, de las cuales se hablaba allí en voz baja.

Pero, en medio de esto, había en la casa para todos, exceptuando Florencia, una gentil figura que

animaba aquella soledad y que con su presencia le daba vida é interés.

En cuanto á Florencia, vivía sola en aquella casa solitaria; transcurrían los días, y Florencia seguía siempre sola, entre aquellas paredes que la contemplaban abatida como si, semejantes á Gorgona, quisieran convertir en piedra su juvenil belleza.

La hierba comenzaba á crecer en el tejado de la casa, y entre las piedras en el patio. En las junturas de las ventanas apuntaba también un escamoso musgo. Por dentro de las chimeneas, enteramente fuera de uso, se desprendían pedazos de cascote. Los dos árboles que, ennegrecidos por el humo, se alzaban en el patio, daban señales de podridos, y sus ramas, ya secas, extendían los brazos entre muy pocas hojas. Por todas partes lo blanco se había vuelto amarillento y lo amarillo se había vuelto negro. En una palabra, desde la muerte de la pobre señora, aquella casa había ido convirtiéndose en un vacío oscuro dentro de una calle monótona y larga.

Pero allí estaba, bellísima, Florencia, como la hija del rey en los cuentos. Su compañía eran los libros y la música, y sus maestros diarios, sin contar con Susana Nipper y con Diógenes. Susana, en fuerza de asistir á las lecciones de su señorita y acompañarla en sus estudios, se instruía ella también profundamente: hasta el perro, amansado probablemente por la influencia de su ama, se asomaba á la ventana, apoyaba la cabeza en el alféizar y, tranquilo y feliz, abría y cerraba los ojos sin importársele la calle; otras veces erguía la cabeza y lanzaba una mirada de inteligencia á otro perro que acaso acertaba á pasar ladrando en algún carro. Alguna que otra vez, acordándose de que tenía cerca el supuesto enemigo, se

abalanzaba hacia la puerta hecho una furia, y después de haber alborotado á su gusto, se volvía con aquel ridículo aire de complacencia muy suyo, colocándose otra vez en la ventana con la satisfacción de un perro que ha prestado algún servicio público.

Así es como vivía Florencia en su casa, en aquel círculo de sus inocentes ocupaciones y pensamientos. Ahora podía entrar en la habitación de su padre, pensar en él, dejar que su corazón se le acercase, sin miedo á una repulsa. Podía contemplar los objetos que habían acompañado á su padre en la tristeza, acercarse á la silla donde él acostumbraba sentarse, sin temor á la mirada de que siempre se acordaría. Podía tener para su padre aquellos pequeños testimonios de acatamiento y de cariño, que consistían en ordenar los objetos del cuarto, poner ramitos de flores en la mesa, cambiar las flores cuando ya estaban mustias, dar alguna tímida muestra de su presencia en aquel sitio. Un día era una relojerita pintada; otro, asustada de su atrevimiento, sustituía la relojera con cualquier otra pequeñez que no llamase la atención. Algunas veces, sin embargo, se despertaba á las altas horas de la noche, pensando que su padre podría llegar de improviso, y encontrando lo que ella había puesto en su cuarto, arrojarlo con menosprecio. Entonces bajaba á toda prisa y recogía su humilde y filial dádiva. Otras veces, en fin, no hacía más que reclinar la cabeza en la mesa de su padre, dejando en ella un beso y una lágrima.

De todo esto nadie sabía una palabra: bien podían enterarse de ello las gentes de la casa; pero ¡quién se atrevería á entrar en las habitaciones de mister Dombey! Por esto seguían siendo las visitas de Florencia al gabinete de su padre un secreto de su corazón,

bien guardado. Florencia iba á las habitaciones de su padre al obscurecer, ó por la madrugada, ó á las horas en que comía la servidumbre. Para embellecer aquellos cuartos y para darles vida no necesitaba más que pasar por ellos, iluminándolos como un rayo de sol y dejando la huella de su paso.

En aquella desmantelada casa, por las habitaciones desiertas, acompañaban á Florencia diferentes seres fantásticos, creados por su imaginación atormentada. Como si viviese por arte de encantamiento, estos seres revestían en su derredor formas reales. Imaginábase una hija á quien su padre quería tiernamente: con este pensamiento le parecía acordarse de que ella y su padre habían velado á su hermano, y que su hermano y ella habían participado por igual en el cariño de su padre. Le parecía también que ella conversaba frecuentemente con su padre, y que éste, lleno de bondad, la comunicaba sus esperanzas, su confianza en los designios de la Providencia. Otras veces se le representaba que su madre vivía. ¡Qué placer en abrazarse á su cuello, en estrecharla con todo el cariño y la confianza de su alma! ¡Y qué desolación después en la casa solitaria al hacerse de noche y no haber nadie!

Pero siempre había un pensamiento, apenas formado, pero ferviente y vigoroso, que sostenía á Florencia cuando necesitaba auxilio su joven corazón, tan duramente sometido á prueba: en su ánimo, como en el de toda naturaleza humana, había una esperanza, creía ver á su madre y su hermano envueltos en una luz celeste, al mismo tiempo que se oía una música suave. Pensaban en ella aquellos seres queridos, se compadecían de ella al ver con qué trabajos iba caminando por su senda terrena. Consoladoras

fueron para Florencia estas ideas hasta un día — aquel en que la vió su padre cuando entró en su cuarto — en que pensó que acaso aquellos seres queridos se enojarían al verla en sufrimientos. Sin duda era sumamente infantil este pensamiento, pero nacía de su naturaleza amante, y así, movida por estos temores, apenas bosquejados, trató de resistir el dolor acogiéndose á la esperanza.

No sabía su padre cuánto le quería Florencia. No lo sabía, puesto que nunca se lo había demostrado ella. Entonces, bien cabía esperar que, cuando su padre se enterase, volvería á ella sus ojos. Como era muy joven, como no tenía madre, no había sabido manifestar su cariño á su padre. No sabía si era culpa suya ó culpa de la fatalidad. Pero tendría paciencia, y andando el tiempo su padre llegaría á conocerla.

Aqué! debía ser el propósito de su vida. Por la mañana, cuando lucía el sol en la mustia casa, encontraba á Florencia cada vez más firme en su propósito. Esperaba Florencia que cuanto más se instruyera y perfeccionase, más adelantaría el momento de que su padre la quisiera. Esta idea era la que le infundía más ánimos en sus ocupaciones diarias. Pero algunas veces se entristecía preguntándose si habría adelantado ya lo bastante para sorprenderle con sus conocimientos y encantarle cuando sus corazones se reunieran. Otras veces consideraba cuáles serían los conocimientos más adecuados al fin de despertar el interés y la curiosidad de su padre. Siempre, en medio de sus libros, su música y labores, durante sus paseos por la mañana y de sus oraciones por la noche, tenía presentes sus propósitos. Extraño estudio el de esta niña, aplicada constantemente á aprender el camino que conducía al corazón de su padre.

Cuando las sombras de la noche cubrían la calle en el verano, no pocos transeuntes miraban á la ventana de la casa, donde, en singular contraste con la obscura fachada, se veía á la preciosa niña, los ojos puestos en el cielo, contemplando atentamente las estrellas. Si hubieran conocido la causa de su meditación profunda se habrían quedado estupefactos. Decíase que había duendes en la casa, y, seguramente, muchas de las personas que pasaban por delante de aquella tenebrosa vivienda hubieran confirmado esta creencia si hubiesen conocido lo que dentro de sus paredes acontecía. Siempre tenía Florencia ante su vista el sagrado deber que se había impuesto, sin que nadie conociera el fondo de su corazón y viniera en su apoyo : no pensaba en otra cosa que en testimoniar á su padre el cariño que rebosaba de su pecho, sin que nunca se mezclase á sus pensamientos queja alguna.

Así vivía Florencia en aquella casa solitaria; transcurrían los días y Florencia seguía siempre sola, entre aquellas paredes que la contemplaban abatida, como si, semejantes á Gorgona, quisieran convertir en piedra su juvenil belleza.

Estaba Susana Nipper, una mañana, de pie frente á su señorita. Florencia cerraba una carta que acababa de escribir en aquel momento y cuyo contenido parecía muy del agrado de Susana.

— Más vale tarde que nunca — decía miss Nipper. — Aunque no sea más que una visita á los Skettles, siempre vale algo.

— Es muy amable de parte de sir Barnet y de lady Skettles — dijo Florencia, corrigiendo de esta manera el modo familiar con que Susana había mencionado á dichos señores; — es muy amable de su parte el haberme reiterado su invitación.

Susana Nipper, que en astucia se perdía de vista y que ponía en juego aquellas sus grandes facultades para juzgar á todos, se mordió ahora los labios y movió la cabeza : lo que quería decir que no creía en el desinterés de la invitación, y que, en todo caso, aquella familia quedaria altamente recompensada de su amabilidad con sólo la visita de Florencia.

— Ó mucho me equivoco — murmuró Susana entre dientes, — ó esa gente sabe muy bien lo que se hace : no me fio de ellos.

— No tengo muchas ganas de ir á Fulham — dijo Florencia, pensativa ; — pero me parece que lo mejor será hacer este viaje.

— Sí ; será lo mejor — observó Susana con cierto aire importante.

— Sin embargo — prosiguió Florencia, — hubiese preferido ir cuando no hubiera personas extrañas. Ahora, en las vacaciones, seguramente habrá jóvenes en la casa ; pero, en fin, porque no les parezca mal he aceptado.

— Á lo que añado yo, señorita : ¡ Oh, qué alegría ! — dijo Susana — ¡ Ah, ja, ja !

Miss Nipper solía concluir sus frases, desde hacia algún tiempo, con esta especie de jaculatoria, en la que veían las gentes de la casa una censura al amo : decían que con aquella risa se burlaba de la gravedad de mister Dombey. Pero no se explicaba nunca, de modo que guardaba todo el encanto del misterio aumentando la viveza de su expresión.

— ¡ Cuánto tiempo hace que no tenemos noticias de Wálter ! — dijo Florencia pasado un momento de silencio.

— Mucho tiempo, es cierto — repuso Susana. — Perch, que ha venido á ver si había cartas, ha dicho

que... mas ¡ qué importa lo que ha dicho ! Pero parece que sabía alguna cosa.

Florencia miró á su interlocutura, que se había puesto muy colorada.

— Sí, señora — continuó Susana, disimulando su inquietud bajo la apariencia de incomodidad contra Perch, — ese hombre es un insulso que no tiene ni ánimo ni valor para nada. Si no tuviera yo más bríos, yo, á pesar de ser una mujer, me metería en un rincón hasta que me muriera de inútil. Por supuesto, tampoco soy una amazona, ni me gustaría desfigurarme con semejante condición ; pero digo que yo no soy asustadiza.

— ¡ Asustadiza ! ¿ De qué ? — exclamó Florencia alarmada.

— De nada, señorita, gracias á Dios. Lo que digo es que Perch resulta un hombre de cartón, que se asusta por nada y que inspira muchas veces lástima por eso...

— ¡ Que se asusta ! ¿ De qué ? ¿ Teme que se haya perdido el barco ? — dijo Florencia, muy pálida.

— No, no, señora — repuso Susana. — No se atrevería á decirlo en mi presencia. No ; es que nos está mareando siempre con que mister Wálter había prometido enviar jengibre para mistress Perch, y, como tarda, dice que por esta vez no llegará á tiempo, que tendrá que ser para la próxima. Esto es lo que me saca de mis casillas — añadió Susana, cada vez más incomodada. — Ese hombre agota mi paciencia ; tengo mucha, pero no soy un camello — y luego de considerarlo un momento, añadió : — ni tampoco soy un dromedario.

— ¿ Qué más dice, Susana ? — preguntó Florencia inquietísima. — No me lo ocultes.

— ¿Ocultar? No por cierto, señorita. Yo no tengo secretos para usted; yo se lo digo siempre todo... Pues bien: ese hombre dice que nunca transcurrió tanto tiempo sin tener noticias de un barco, y que la mujer del capitán fué ayer á la oficina y parecía confirmar esta creencia; pero ya sabíamos esto: nada tiene de nuevo.

— Es preciso que veamos al tío de Wálter antes de marcharnos á Fulham — dijo precipitadamente Florencia. — Vámonos allá sin tardanza: ahora mismo.

Nada tuvo que objetar miss Nipper contra esto: al contrario, manifestó su aquiescencia completa, y así, en breves momentos ambas estuvieron dispuestas, salieron á la calle y se encaminaron hacia el guardia marina de madera.

El estado de espíritu en que se encontró Wálter el día en que fué á casa del capitán Cuttle, aquel día en que iban á embargar á su tío, cuando le parecía ver embargos á cada paso, hasta en los campanarios, fué una cosa muy semejante á la que atormentaba el ánimo de Florencia mientras se dirigía á casa de Solomón Gills. Había, sin embargo, una diferencia, y es que Florencia sufría más de lo que Wálter había sufrido. En efecto, imaginábase Florencia que era ella la que tenía la culpa de que Wálter se hubiese lanzado al peligro, involuntariamente sin duda, pero, en fin, lo había lanzado, causando al mismo tiempo las angustias en que todos los allegados á Wálter, incluso ella misma, estaban sumidos. Lo mismo que Wálter, veía Florencia en todas partes incertidumbre y riesgo. Parecíale que las veletas de las iglesias y las chimeneas de las casas conversaban misteriosamente, hablando de tormentas y apuntando, como dedos siniestros, á mares procelosos, cubiertos de despojos de

naves y de cuerpos de náufragos. Cuando llegó Florencia á la City, al pasar junto á personas que sostenían conversación, le parecía oírles hablar del barco y de que se había perdido. Las pinturas y los grabados que representaban embarcaciones en lucha con el temporal, la causaban alarma. El humo y las nubes, aunque se movían despacio, caminaban rapidísimamente al parecer de Florencia, haciéndola pensar que alguna tempestad violentísima se desencadenaba, en aquel instante, en el océano.

Tal vez Susana Nipper participaba de estas inquietudes; tal vez no; en todo caso no parecía abstraída en contemplaciones, puesto que iba abriéndose paso sin miramientos, dando empellones á los chicos que la estorbaban al andar — si bien es cierto que los chicos no merecían nunca de Susana muchos mimos, más bien tenía contra ellos una viva animosidad.

Cuando llegaron frente al guardia marina, en la acera opuesta, y mientras estaban esperando el momento de atravesar la calle entre los coches, vieron, no sin sorpresa, que en la tienda del óptico estaba un grandullón, de cabeza redonda y coloradote rostro; aquel chico se metía dos dedos de cada mano en la boca y con aquel instrumento natural lanzaba de cuando en cuando un silbido agudísimo, como llamando á unas palomas que volaban á gran altura.

— Ese chico es el hijo mayor del ama, de la señora Richards — dijo Susana; — es el suplicio de su madre.

Aprovechando un momento favorable cruzaron la calle ambas jóvenes. No las vió llegar el cazador y siguió silbando, y, como si esto no fuera bastante, se puso á dar gritos imitando el reclamo de los palomos, con tal efecto, que al instante se dieron por enteradas

las aves, y en vez de continuar su vuelo hacia el Norte, como parecía su propósito, empezaron á dar vueltas y á bajar. Entonces redobló el cazador sus gritos sin importársele el ruido de la calle.

En lo mejor de su entusiasmo estaba cuando miss Nipper, sin más ceremonias, le dió tan fuerte empujón que le metió en medio de la tienda.

— ¿Es así como te corriges de tu vagancia, granujilla? — le dijo Susana dándole un fuerte puñetazo. — ¿Es esta tu enmienda? ¡Listo! Dime dónde está mister Gills.

La primera mirada de Rob fué de ira; pero se amansó cuando vió que detrás de Susana entraba en la tienda Florencia. Entonces se llevó los dedos al pelo como para quitarse una gorra, que no tenía, y saludar: y contestó que mister Gills había salido.

— Vete á buscarle — ordenó Susana — y dile que está aquí mi señorita.

— No sé adonde ha ido — contestó Rob.

— ¿Es este el modo de enmendarte? — le gritó nuevamente Susana.

— Pero ¿cómo quiere usted que vaya á buscarle si no sé dónde está? — contestó Rob. — Sea usted razonable.

— ¿No ha dicho á qué hora ha de volver? — preguntó Florencia.

— Sí, señora — repuso el chico levantando otra vez la mano como para quitarse la gorra; — ha dicho que volvería pronto, dentro de un par de horas.

— ¿Está muy inquieto respecto á su sobrino? — preguntó Susana.

— Sí, señora — repitió Rob dirigiéndose á Florencia. — Es la verdad que se halla muy inquieto. No para en casa quince minutos seguidos. No se está

quieto ni cinco minutos. Da vueltas como un extraviado — y diciendo esto se inclinaba Rob para mirar por la ventana á las palomas y casi se llevaba los dedos á la boca para silbar.

— ¿Conoce usted á un amigo de mister Gills, llamado el capitán Cuttle? — preguntó Florencia después de reflexionar un momento.

— ¿El que tiene un garfio por mano? Sí, señora. Aquí estuvo la última vez anteayer.

— ¿No ha vuelto después? — preguntó Susana.

— No, señora — contestó Rob dirigiéndose siempre á Florencia.

— Acaso haya ido allá el tío de Wálter — dijo Florencia á Susana.

— ¿A casa del capitán Cuttle? — interpuso Rob.

— No, señora; porque me ha dejado dicho que si venía el capitán Cuttle le rogara le esperase aquí hasta su vuelta.

— ¿Y sabe usted dónde vive el capitán? — preguntó Florencia.

Contestó Rob que si y buscando en un libro, encuadernado en pergamino, que encima de la mesa estaba, leyó en voz alta la dirección del capitán.

Florencia se volvió nuevamente hacia Susana y conversó con ella mientras que Rob, atento al encargo de su protector, no quitaba ojo de las jóvenes. Proponía Florencia ir á casa del capitán Cuttle, para saber lo que opinaba de aquella falta de noticias del *Hijo y Heredero* y además para suplicarle que fuese á tranquilizar á Solomón. Susana llamó la atención de Florencia acerca de lo lejos que estaba al domicilio del capitán, pero Florencia contestó que no importaba; que tomarían un coche. Con esto desapareció toda oposición de parte de Susana. Rob no per-

dió ni una palabra del debate, atento á lo que decía la una y á lo que decía la otra, como si estuviese llamado á ser árbitro entre ellas.

Por último, salió Rob en busca de un coche y entretanto tuvieron cuidado de la tienda las dos jóvenes. Cuando llegó el coche subieron á él y dejaron á Rob el encargo de que dijera á mister Gills que volverían, seguramente, desde casa del capitán. Rob estuvo mirando el carruaje hasta que lo perdió de vista, lo mismo que á las palomas: luego fué á la mesa, se sentó y se puso á escribir con su mano sudosa en unos pedazos de papel desechado: tomaba á toda prisa notas acerca de la conversación escuchada para que no se le olvidara cosa alguna. Conviene saber, sin embargo, que aun suponiendo que aquellas notas se hubieran perdido, cayendo en poder de otras personas, nada se habría comprometido, pues apenas escritas ya no eran inteligibles ni para el mismo Rob: tan confusos resultaban sus garabatos.

Aun estaba en plena labor caligráfica cuando ya el coche en que iban miss Florencia y Susana, salvando puentes giratorios, calles desempedradas, canales impasables, caravanas de toneles, canastos de judías encarnadas, tinas y otro gran número de obstáculos que en aquellos pasajes abundan, llegaba á la esquina de Brig Place. Allí bajaron del carruaje Florencia y su doncella, dirigiéndose por la calle hacia la casa del capitán.

Quiso la mala suerte que fuera aquel uno de los días que la patrona del capitán dedicaba á gran limpieza de la casa. En tales circunstancias se levantaba á las tres y media de la mañana, se ponía á la obra en seguida y rara vez concluía sus trabajos antes de media noche. Lo primero que hacía era transportar

todos los muebles al medio del jardín-patio, detrás de la casa. Después, calzados los zuecos, se ponía á dar vueltas por todas las habitaciones, y, por último, volvía á meter los muebles colocándolos en sus respectivos lugares. Estas ceremonias alborotaban sobre manera á los chicos de Mac Stinger, no solamente porque durante ellas no tenían sitio seguro donde poner los pies, sino porque las interrumpían para reclamar en diferentes instantes su sustento.

Justamente cuando Florencia y Susana llegaban ante la puerta de Mac Stinger, esta virtuosa, pero temible mujer, estaba ocupada en transportar á su hijo Alejandro, de edad de dos años y tres meses, al pasillo para de allí depositarle, por vía coercitiva, en medio de la calle. Alejandro estaba en el colmo del espanto ante la perspectiva del castigo, al que había precedido, naturalmente, una buena grita.

Grandemente se ofendió Mac Stinger, como mujer y como madre, al observar la mirada de lástima que dirigió Florencia á la criatura castigada. Así, obedeciendo á la emoción de su natural delicado, dió un buen par de cachetes á su cría, sentándole de golpe en las piedras, sin que le importara la presencia de aquellas dos personas extrañas.

— Dispense usted, señora — dijo Florencia cuando el chico recuperó la respiración. — ¿Es esta la casa del capitán Cuttle?

— No, señora — contestó Mac Stinger.

— ¿No es éste el número 9? — preguntó Florencia, dudando.

— ¿Y quién le dice á usted que no? — repuso Mac Stinger.

Susana Nipper intervino al instante y de manera viva reprochó á Mac Stinger su manera de contes-

tar, diciéndola que no sabía con quién estaba hablando.

Mac Stinger miró á Susana desdeñosamente y dijo:

— Quisiera yo saber qué se les ha perdido á ustedes con el capitán Cuttle.

— Pues es una lástima — contestó Susana; — pero se quedará usted sin saberlo.

— ¡Vamos! — intervino Florencia, — Susana... cállate. — Y dirigiéndose á Mac Stinger añadió:

— ¿Tiene la bondad de decirnos dónde vive el capitán Cuttle, puesto que no es aquí, si lo sabe?

— ¿Y quién le ha dicho á usted que no es aquí? — contestó la implacable patrona. — He dicho que no es esta la casa del capitán Cuttle, porque esta casa no es suya. ¡No faltaba más! Ya quisiera él tener una casa; pero no la tendrá nunca, porque no merece tenerla. Esta casa es mía. Cometo la simpleza de alquilar el piso primero al capitán Cuttle, que no me lo agradece; es lo que se llama echar margaritas á puercos.

Mac Stinger había levantado la voz para que se le oyera bien desde las ventanas, construyendo cada una de las frases con explosión, como si disparase un rifle de inacabable número de tiros. Cuando sonó el último, se oyó la voz del capitán, que tímidamente exclamaba desde lo alto: « cuidado; eh! »

— Ahí le tienen ustedes al capitán Cuttle — dijo mistress Mac Stinger señalando airadamente con la mano.

Florencia entró resueltamente sin decir más palabras, seguida de Susana. Mac Stinger volvió á sus ejercicios pedestres y Alejandro siempre arrellanado en las piedras, prorrumpió en el llanto que había interrumpido, mientras duró la conversación, para es-

cucharla. Sin embargo, para distraerse á sí mismo durante aquel sensible acto, se entretenía en contemplar el coche que al cabo de la calle seguía estacionado en espera de las dos jóvenes.

Encontrábase el capitán en su cuarto, con la mano sana y la de artificio en los bolsillos, las piernas encogidas y apoyados los pies en los palos de la silla donde estaba sentado: un verdadero islote, en medio de un océano de agua y jabón. Habían sido lavadas las ventanas, lavadas las paredes, lavada la chimenea, lavado todo, excepto el hornillo; todo estaba chorreando agua y jabón negro; un olor á salazón había impregnado completamente el aire del cuarto. En medio de aquella lamentable escena estaba el capitán en su isla contemplando la devastación con aire contristado y como si esperase, con temor de engañarse, alguna barca amiga que le sacase de aquel trance.

Pero cuando volviendo el capitán el rostro hasta la pueria, vió á Florencia seguida de Susana, no hay palabras para expresar de qué manera quedó atónito. Como la elocuencia de mistress Mac Stinger no había dejado que se oyera otra voz que la suya, no pensó que el raro visitante fuera sino el tabernero ó el lechero. De manera que cuando vió á aparecer á Florencia y que se dirigía hacia su isla, se puso de pie el capitán, tan espantado como si en aquel momento hubiera visto á algún joven miembro de la familia *Flying Dutchman*.

Pero el capitán recuperó al momento el dominio sobre sí mismo y en seguida lo primero que hizo fué poner á Florencia en seco, situándola en su sillón, lo que consiguió felizmente cogiéndola en brazos. Hecho esto cogió á miss Nipper por la cintura y la pasó también al islote. Luego, con la mayor veneración

respeto besó la mano de Florencia y apartándose un poco, no siendo bastante capaz el islote para contener tres personas, vino á quedar el capitán en medio del agua de jabón, lo mismo que un monstruo marino de nueva especie.

— De seguro que no esperaba usted vernos — dijo Florencia sonriente.

No acertó el capitán á contestar nada sino á llevar el garfio de su mano á la boca como enviando un beso á Florencia y á murmurar : « Firme, firme », frase que le pareció lo más delicado y selecto.

— Pero yo no podía hallarme tranquila — prosiguió Florencia — sin venir á usted á pedirle noticias de Wálter, que ahora es mi hermano, y sin saber si hay motivos para temer que le haya sucedido algo malo. También tengo que pedir á usted que vaya un rato, diariamente, para consolar al pobre tío, hasta que haya noticias de Wálter.

Al escuchar estas palabras el capitán, se llevó la mano á la cabeza como buscando el sombrero que no tenía puesto y se quedó mirando desconcertado.

— ¿Piensa usted que puede haberle sucedido á Wálter alguna desgracia? — preguntó Florencia al capitán mirándole fijamente á la cara, para asegurar de la sinceridad de su respuesta.

— No, delicias del corazón, no lo creo — contestó el capitán. — Wálter es un muchacho que ha de correr otros muchos temporales. Wálter es un muchacho que llegará hasta donde llegue el más capaz. — Y brillándole los ojos al hacer estos elogios de su joven amigo, continuó el capitán : — Wálter es lo que puede llamarse un visible signo del poderío sobrenatural: cuando halle usted esta cita, tome nota.

Florencia, que no comprendió nada de aquello, se

quedó mirando al capitán como pidiéndole alguna explicación más clara. Evidentemente, creía el capitán que había dicho grandes cosas y estaba muy satisfecho de ello; sin embargo, añadió:

— No tengo motivos de inquietud. Que hay en aquellos mares tormentas violentísimas, no ofrece duda. Claro está que habrán danzado bien; tal vez hayan ido á parar á la otra punta de la tierra. Pero, por lo que toca al barco, es un buen barco y en cuanto al chico que va en él es un buen chico; y, gracias á Dios — al pronunciar esta palabra, se inclinó un poco el capitán, — no es cosa fácil romper corazones de roble. En ambos conceptos vamos bien y por esto no tengo ninguna chispa de inquietud, hasta ahora.

— ¡ Hasta ahora ! — repitió Florencia.

— Ninguna chispa — replicó el capitán llevando á su boca el garfio-mano. — Y antes de que llegue á encontrarme inquieto, delicias del corazón, Wálter nos habrá escrito desde la isla, desde un puerto ó desde otra parte cualquiera, orientándonos por completo. Y por lo que hace á Solomón Gills — aquí habló el capitán solemnemente, — ya sé yo quién no desertará de su lado hasta la muerte. Si sobreviniese una tormenta soplando, soplando, soplando — abra usted el catecismo y encontrará esta frase, — entonces acaso sería para Solomón Gills un consuelo el saber la opinión de un marino que yo conozco y que no tiene igual para juzgar de estas materias: se llama Bunsby y es sumamente práctico en cosas de la mar, porque ya de grumete, se vió infinitas veces á punto de morir. Él mismo iría á casa de Solomón, á exponerle su parecer. ¡ Ah ! — exclamó el capitán exaltándose, — se quedaría Solomón tan aturdido como si se diera de cabezadas contra una puerta.

— Vámonos á ver á ese señor — exclamó Florencia ; — él nos dirá su parecer. ¿ Quiere usted, capitán? Tenemos coche abajo.

El capitán llevóse nuevamente la mano á la cabeza como para buscar el sombrero de que carecía. En aquel instante acaeció un notable fenómeno. Y es que se abrió la puerta del cuarto y sin ningún preámbulo ni advertencia entró el sombrero del capitán, volando como un pájaro y cayendo á los pies de su dueño. Cerróse la puerta con tanta violencia como se había abierto y sin que nadie viniese á explicar el prodigio.

Recogió el capitán su sombrero, le dió vueltas mirándole con cariño y se puso á limpiarlo con la manga de su casaca. Al mismo tiempo que sacaba lustre al sombrero dijo á sus visitantes, en voz baja :

— Ya lo ven ustedes : hubiera ido á ver á Solomón Gills ayer y esta mañana, pero ella... ella me lo quitó y se lo guardó. Esto es lo que ha pasado.

— ¿ Quién ha hecho eso? por amor de Dios... — exclamó Susana.

— ¡ La patrona ! Ahí está el secreto — contestó el capitán en voz baja y haciendo señales de misterios. — Hemos tenido unas palabras á propósito del baldeo y... nada — dijo el capitán mirando á la puerta y lanzando un suspiro, — me privó de la libertad.

— ¡ Oh ! ¡ ya quisiera yo que se las hubiese conmigo ! — exclamó Susana poniéndose colorada de ira. — ¡ A mí podía venir con esas !

— ¿ A usted...? ¿ Está usted segura? — añadió el capitán moviendo la cabeza como en señal de duda ; pero mirando al mismo tiempo á Susana con admiración. — No sé, no sé ; pero crea usted que es navegación muy difícil : cosa pesada de llevar. Usted no

sabe la cara que esta mujer tiene. La ve usted y ya la tiene encima. Es una fiera.

Gotas de sudor caían de la frente del capitán mientras decía esto. Luego, como complemento de su afirmación, se puso á silbar, pero temblando. Finalmente, moviendo la cabeza y tornando á sus sentimientos de admiración por miss Nipper, tímidamente repitió :

— ¿ Está usted segura ?

Susana contestó con una sonrisa desdeñosa : nada más que con una sonrisa ; pero tal expresión de reto había en ella, que el capitán se quedó como absorto mirándola, y Dios sabe hasta cuando hubiera durado aquel cuadro si Florencia no hubiese insistido en su deseo de ir sin tardanza en busca del oráculo Bunsly. Movido entonces el capitán Cuttle por el sentimiento del deber, afirmóse su sombrero de hule, cogió su nuevo bastón de nudos, ofreció su brazo á Florencia y se aprestó á pasar bravamente por entre el enemigo.

Por fortuna, en aquel momento había cambiado Mac Stinger de rumbo, cosa frecuente en ella, según tenía observado el capitán. Así, cuando bajaron la escalera, encontraron á aquella mujer ejemplar sacudiendo esteras en la puerta. En medio de aquella espesa polvareda se destacaba la figura del pequeño Alejandro, sentado en las piedras. Tan absorta estaba Mac Singer en su casera ocupación, que cuando el capitán Cuttle y sus visitantes pasaron, sacudió las esteras sin manifestar ni con palabras ni con ademán que se enteraba de la presencia de persona alguna. El capitán quedó muy contento de haber escapado felizmente del trance — aunque tragó tal cantidad de polvo que tosía hasta saltársele las lá-

grimas, — y casi no podía creer en la realidad de tan buena suerte; así, en el trayecto hasta el carruaje, volvió muchas veces la cabeza, temeroso de que Mac Stinger corriera persiguiéndole.

Con todo esto llegaron á la esquina de Brig Place sin ataque alguno por parte de aquella terrible enemiga. Subió el capitán al pescante — pareciéndole que por galantería no debía tomar asiento dentro, á pesar de que se lo rogaron las jóvenes, — y haciendo de piloto, dió rumbo al cochero, encaminándolo hacia el puerto y muelle de Ratchiffe, donde anclaba la fragata de Bunsby, llamada *Prudente-Clara*.

Llegaron, efectivamente, al muelle, encontrando á tan famosa nave en la fila de unas quinientas atracadas una junto á otra, empalmados los cordajes y palos de tal modo, que constituían como una colosal tela de araña, medio desprendida del techo por algún escobazo. El capitán bajó del pescante, se acercó á una ventanilla del coche é invitó á Florencia y á miss Nipper á que le acompañasen, yendo con él á bordo. Dijoles, además, que siendo Bunsby sumamente obsequioso con las señoras, su presentación sería motivo de que Bunsby tuviere mayor locuacidad y expansión.

Consintió en ello sin vacilar Florencia: apoyó su delicada mano en la manopla del capitán Cuttle, y guiada por éste con ademán paternal y protector, al mismo tiempo que ceremonioso, pasó de cubierta en cubierta, todas á cual más sucias, hasta poner el pie en la *Clara*, que en realidad era *Prudente* porque guardaba cierta distancia de las otras embarcaciones dejando entre la más próxima á ella un espacio de media docena de pies. De las explicaciones que dió el capitán Cuttle resultó que la razón de este aisla-

miento no era sino que Bunsby, capitán del barco, solía tener fuertes disgustos con la armadora propietaria, y cuando ya no podía sufrirla más, tomaba aquellas precauciones, aislándose para que no pudiera abordársele.

— Clara... ¿eh? — gritó el capitán Cuttle poniendo la mano á modo de bocina.

— ¿Eh?... — contestó una voz que parecía un eco de la del capitán.

— ¿Bunsby á bordo? — gritó el capitán con voz estentórea que podía oírse á media milla de distancia y aunque sólo estaba á dos varas de su interlocutor, un grumete.

— Si... — contestó el muchacho en tono tan alto como el del capitán.

El grumete alargó una tabla al capitán, éste la sujetó fuertemente, y por ella llevó de la mano á Florencia y después á Susana hasta la cubierta de *Clara*, donde estaban tendidos á secar entre las jarcias y aparejos, diversas prendas de vestir juntas con una porción de lenguas y pescados.

Inmediatamente apareció, saliendo despacio del camarote, una cabeza humana muy grande, con un ojo estacionario y otro movible en cara de caoba: movible conforme al principio de algunos faros giratorios. Adornábase aquella cabeza con una cabellera hirsuta, que parecía de estopa, y no revelaba predilección á ninguno de los cuatro puntos cardinales, pues indistintamente se orientaba al Norte, Sur, Este, Oeste, y aun á los vientos intermedios. Aquella cara concluía en una barbilla tan despoblada como el desierto; por bajo de la barbilla había un cuello de camisa y un pañuelo de corbata; luego una chaqueta impermeable de piloto, y después unos pantalones también imper-

meables, tan anchos de cintura y tan altos que, caso necesario, podían excusar la falta de chaleco. Unos botones de madera, grandes como piezas para un juego de damas, servían para abrochar el pantalón á la altura del pecho. Salió por último lo más bajo de las perneras, y quedó visible Bunsby por entero, de pie y con las manos en los bolsillos: sólo que, en lugar de dirigir la vista al capitán Cuttle y sus acompañadas, adonde miraba era á la cofa del palo mayor.

Aquel aspecto filosófico, aquella corpulencia y la expresión de gravedad taciturna de aquella cara colorada, armonizaban tanto con la idea de un carácter misterioso, que á pesar de ser el capitán Cuttle gran amigo de aquel hombre tan extraordinario, se quedó cohibido al verle. En voz baja dijo el capitán á Florencia que nunca manifestaba Bunsby la menor sorpresa, que no había memoria de que se hubiera sorprendido jamás; y luego se quedó contemplando á Bunsby, quien después de mirar á la cofa dirigió su vista al horizonte.

Cuando el ojo giratorio de Bunsby vino á posarse en el capitán Cuttle, éste dijo:

— Bunsby, hijo, ¿cómo va?

Al momento se escuchó una voz grave y ronca que no parecía salir de Bunsby y que ciertamente no alteró en lo más mínimo la expresión de su rostro. Aquella voz dijo:

— ¿Cómo va, camarada?

Al mismo tiempo salió del bolsillo derecho la mano de Bunsby, se alargó el brazo, aquella mano estrechó la del capitán y tornó á su bolsillo.

— Bunsby — dijo el capitán Cuttle, yendo derechamente al asunto, — eres un hombre de intelligen-

cia y capaz de emitir una opinión. Aquí tienes una señorita que viene á saber cuál es tu parecer acerca de mi amigo Wálter, como también conocerá el de otro amigo mío, Solomón Gills: os tengo al habla á uno y otro. Gills es hombre de ciencia y la ciencia es madre de la invención, que no conoce leyes. Vamos á ver, Bunsby, ¿quieres soltar amarras y venir con nosotros?

Bunsby seguía con la expresión de quien está mirando alguna cosa á muy larga distancia y no le importa nada de cuanto ocurre en un radio mínimo de diez kilómetros. No contestó ni una palabra.

— Aquí tienen ustedes un hombre — prosiguió el capitán dirigiéndose á sus lindas oyentes y señalando con el garfio á Bunsby, — aquí tienen ustedes un hombre que se ha caído más veces que ningún otro en el mundo, que se ha visto en más lances él solo que todos los inválidos de la Marina juntos: éste ha recibido en la cabeza más golpes que los descargados hasta hoy en el arsenal de Chatham en la construcción de sus barcos; pues bien, pueden ustedes creerme: esos golpes le han metido en la cabeza tal número de ideas, que no hay nada semejante ni en mar ni en tierra.

Notóse en los codos de Bunsby como una ligera vibración; lo que expresaba cuánto le satisfacía el elogio. Y como su rostro no había girado en la dirección de su mirada al espacio, pudo notarse aquella impresión satisfactoria.

— Camarada — dijo Bunsby de pronto inclinándose para mirar á lo lejos, — ¿qué quieren beber estas señoras?

El capitán Cuttle, cuya delicadeza quedó no poco escandalizada al oír semejante proposición, tocante á

las jóvenes, retiró algo á su amigo y le habló en secreto, yéndose con él, sin duda, para no contrariarle, á beber en su camarote un trago. Florencia y Susana vieron por la puerta del camarote, en el cual apenas podían moverse los dos marinos, cómo éstos bebían sin duelo. Cuando salieron otra vez á cubierta, el capitán Cuttle, satisfechísimo por el triunfo logrado, condujo á Florencia hasta el coche; Bunsby iba detrás de miss Nipper, abrazándola de vez en cuando la cintura (gran indignación de la joven) con su velludo brazo, semejante al de un oso.

El capitán metió al oráculo en el coche: tan contento se hallaba de haber encerrado en un carruaje aquella inteligencia tan grande, que durante el camino se volvió infinitas veces á mirar por el vidrio, detrás del pescante, haciendo señas á Florencia, dándose palmadas en la frente para significar que el cerebro de Bunsby era bien sólido. Entretanto, Bunsby, aunque abrazando á miss Nipper (el capitán Cuttle no había exagerado nada al decir que su amigo era muy blando de corazón), no perdía la seriedad de su porte y hasta parecía enteramente ajeno á la presencia de otras personas.

Solomón, ya de vuelta en su casa, recibió á todos en la puerta y los hizo pasar en seguida á su habitación, la trastienda. Mucho había cambiado aquel cuartito desde la partida de Wálter. Encima de la mesa y en diferentes puntos del cuarto, había mapas y cartas de navegación. Solomón iba siguiendo en ellos la probable ruta del *Hijo y Heredero*, midiendo á compás las latitudes y señalando las distancias recorridas en las probables singladuras. Un minuto antes había estado calculando dónde podría encontrarse el casco, caso de haber ido á la deriva, tra-

tando de demostrarse á sí mismo que no era cosa de desesperanzarse

— Puede ser que haya tomado este rumbo — decía Solomón examinando, con aspecto inquieto, un mapa del Océano. — Pero no; es casi imposible. Tal vez forzado por el temporal, habrá seguido este otro... Tampoco es razonable. Cabe la esperanza de que haya cambiado de rumbo y siga por... pero no hay manera de sostener esta creencia.

En medio de todas aquellas inconsistentes suposiciones, el pobre Solomón vagaba por la grande hoja de papel que ante sí tenía, sin poder hallar en toda ella el más pequeño espacio donde apoyar confiadamente la punta del compás.

Florencia notó inmediatamente — y no era difícil en presencia de tales signos — el singular é indescriptible cambio acaecido en el anciano, y de qué manera aparecía menos tranquilo, menos calmoso que de ordinario, con un aspecto de resolución que realmente inquietaba. Un instante hubo en que á Florencia le pareció que Solomón hablaba sin orden ni concierto: así, cuando dijo al tío de Wálter que había estado allí por la mañana para verle, contestó Solomón que él había ido también á verla en su casa por la mañana; pero al instante manifestó pesar de haber dicho aquello.

— ¿Ha ido usted á verme hoy? — dijo Florencia.

— Sí, hija mía — contestó Sol mirándola un momento y apartando la vista de ella con turbación; — quería ver á usted con mis propios ojos, oirla con mis propios oídos, una vez más, antes de...

Solomón se calló.

— ¿Antes de qué? — preguntó Florencia inquieta, tocando con su mano al brazo del anciano.

— ¿He dicho *antes*? — repuso el tío de Wálter. — Si he dicho eso habrá sido... habré querido añadir *antes de...* antes de tener noticias de mi chico.

— No está usted bien — dijo Florencia con afecto. — Se halla usted muy inquieto. Estoy segura de que le ocurre algo.

El anciano, tendiendo el brazo para mostrarlo, contestó:

— Estoy tan bien como es posible estar á mis años. Mi brazo aún está fuerte, aún soy capaz de tanta resolución como un joven. Allá veremos.

En aquellas maneras, aún más que las palabras, había un no sé qué de extraño que impresionó á Florencia, y con seguridad se lo hubiera dicho así al capitán Cuttle si éste no se hubiese puesto á explicar en aquel momento á su amigo Bunsby las circunstancias de aquel caso, que convenía conociese para emitir su autorizadísimo dictamen.

Bunsby continuaba dirigiendo su mirada á lo lejos, como si quisiera distinguir algo á mitad de camino entre Londres y Gravensend; alargaba de cuando en cuando el brazo para enlazar la cintura de miss Nipper, como si con aquel ademán quisiera inspirarse. Susana huía de él corriéndose al extremo opuesto de la mesa. Al fin el capitán de la *Prudente-Clara* se hizo cargo de que sus maniobras no daban resultado. Entonces, sin dirigirse particularmente á nadie, como si hablase consigo mismo, rompió á hablar diciendo:

— Yo me llamo Jack Bunsby.

— Su nombre de bautismo es John — explico el capitán Cuttle (1).

(1) *Jack ó John* es lo mismo: Juan. Solamente el autor contrapone la forma familiar *Jack*, Juanito, Juanico (pero que tam-

— ¡Y lo que yo digo está dicho! — añadió el misterioso personaje con aire satisfecho.

El capitán hizo señas al auditorio, como diciendo: «¡Eh! ¿qué tal? ya sabía yo lo que hacía cuando me traje á este hombre.»

— ¿Quieren ustedes saber si me parece á mí que el *Hijo y Heredero* se ha ido á pique? Pues, puede ser. Supongamos que el patrón de la nave se mete en el canal de San Jorge, hacia las dunas. ¿Qué tiene por delante? Las Goodwins. Nadie le obliga á que se estrelle contra ellas; pero es cosa que puede suceder; cuestión de rumbo y de saber lo que se hace; eso no tiene nada que ver conmigo. Cada cual á lo suyo, ¡mucho ojo y buena suerte!

El eco de la voz acabó de extinguirse en la calle, arrastrando consigo al capitán de la *Prudente Clara*, y ya en la calle, la voz y el capitán fueron á parar á un lugar donde se refresca la inteligencia á tragos.

Los oyentes de tan sabios preceptos se quedaron tan ignorantes de lo que querían saber, como lo estaban antes de oír á tal oráculo — lo mismo que con todos los oráculos acontece. Así se miraron unos á otros sin saber qué decirse. Entretanto Rob, que había estado al acecho, oyéndolo todo desde la montera de cristales del techo, bajó de su observatorio tan desconcertado como todos. El capitán Cuttle, sin embargo, lleno de admiración ante la sabiduría de Bunsby, y exaltado por la brillantísima manera como éste había correspondido á su bien sentada reputación, explicó hasta qué punto era necesario confiar en la respuesta de su amigo. Puesto que éste no ha-

bién quiere decir *macho*, *mulo*, y aun *neccio*, *tonto*) á la corriente John. (N. del T.)

bía manifestado inquietud, no había motivo para temer cosa alguna; era necesario echar mano á tan sólida áncora de salvación. Florencia sí quería echar mano á esta áncora; pero Susana se cruzó de brazos y declaró que, por su parte, no tenía la menor confianza en Bunsby.

En cuanto á Solomón, se quedó lo mismo que antes de oír á Bunsby; continuó en el piélago de sus mapas, el compás en la mano y sin saber dónde clavaría su punta. A todo esto, Florencia dijo algunas palabras al capitán Cuttle, hablándole al oído. Entonces Cuttle, interrumpiendo la tarea de Solomón, le dió una palmadita en el hombro y, cariñosamente, le dijo:

— ¿Qué ánimos hay, Gills?

— ¡Qué quiere usted que haya, amigo Cuttle! — contestó Solomón. — No hago más que pensar en el día en que Wálter fué por primera vez á la oficina de Dombey; volvió tarde, se sentó justamente en el sitio que usted ocupa, y no hablamos más que de tempestades y naufragios, sin cambiar de tema.

Pero como el anciano sorprendió la mirada inquisitiva de Florencia, que no se apartaba de él, se detuvo y trató de sonreírse.

— ¡Firme, amigo! — exclamó el capitán. — ¡Valor! Lo que voy á hacer es escoltar á Delicias del corazón hasta su casa — y el capitán saludó galantemente con su garfio á Florencia — y después me plantaré de nuevo aquí en estación hasta la noche. Y vendrá usted á comer conmigo, Gills, no sé á dónde, pero á cualquiera parte.

— Hoy no, querido Cuttle, hoy no — repuso vivamente Solomón como si temiera aquella contingencia. — Hoy no; no puedo.

— ¿Por qué no? — preguntó el capitán con asombro.

— Porque tengo una porción de cosas que hacer. Tengo que arreglar muchas cosas, estoy muy ocupado... No, hoy no, Cuttle; voy á salir otra vez, no he concluido aún...

El capitán se quedó mirando á su amigo; luego dirigió la mirada á Florencia, y, finalmente, dijo á Solomón:

— Está bien; lo dejaremos para mañana, ¿eh?

— Para mañana; eso es, para mañana — contestó el anciano. — Mañana, de seguro.

— Vendré temprano, Gills, ¿está convenido? — dijo Cuttle.

— Convenido; mañana temprano — repuso Solomón. — Y ahora, ¡adiós! hasta mañana, Cuttle, ¡adiós!

Con esto se estrecharon la mano ambos amigos, volvióse Solomón á Florencia, la estrechó también efusivamente las manos, y las llevó á los labios y la acompañó hasta el carruaje con singular precipitación. Tanto impresionó aquello al capitán Cuttle, y tal inquietud le produjo, que se quedó rezagado en la tienda, expresamente para decir dos palabras á Rob, recomendándole que tuviese mucho cuidado con su amo, que le atendiese con el mayor esmero hasta que él volviese al día siguiente; recomendación que apoyó con una propina de un chelín y promesa de seis peniques más al otro día, antes de las doce. Hecho esto, el capitán Cuttle que se consideraba en el deber, por ley natural y por derecho, de ser guardador de Florencia, subió al pescante y así fué hasta llegar á casa de la joven. Al despedirse de ella en la puerta la aseguró que velaría por Solomón Gills con el mayor cui-

dato. En aquel momento, al despedirse también de Susana, se acordó de la bravura de ésta para con Mac Stinger; de modo que volvió á repetir sus palabras: «pero, en fin, ¿está usted segura?»

Cuando en la desolada casa cerróse la puerta, quedándose dentro las dos jóvenes, el pensamiento del capitán se fijó en su viejo amigo Solomón. Se sintió mal. Así, en vez de volverse á su casa, echó á andar por las calles, hasta que ya cansado se fué á comer en cierta tiendecilla de la City, una sala ya llena de parroquianos, todos gente de mar, de sombreros de hule. Tenía el capitán la intención de pasar, después de comer, por delante de casa de Solomón y dar un vistazo en previsión de si ocurría alguna cosa. Así lo hizo. Cuando pasó por delante de la tienda, todavía estaba la puerta abierta; en la trastienda se encontraba su amigo, escribiendo con la mayor atención y sin levantar la cabeza. En tanto, el guardia marina de madera, al abrigo ya del rocío nocturno, le contemplaba desde el mostrador, bajo el cual Rob estaba preparando su cama. Tranquilizado Cuttle por el sosiego que rodeaba á Gills, puso rumbo á Brig Place con resolución de levar ancla al día siguiente muy temprano.

CAPÍTULO XXIV

ESTUDIOS DE UN CORAZÓN AMANTE

Sir Barnet y lady Skettles, su señora, eran unas buenas personas que vivían en una linda casita de campo en Fulham, junto al Támesis; ciertamente era una residencia agradabilísima en tiempo de regatas; pero tenía sus pequeños inconvenientes en otras épocas, por ejemplo cuando venía una crecida y se metía el río en el salón, y de paso se llevaba el césped del jardín y los arbustos.

Sir Barnet Skettles manifestaba su alta personalidad por la manera ceremoniosa con que abría su tabaquera de oro viejo, y por el imponente modo con que extraía del bolsillo un inmenso pañuelo, desplegándolo como una bandera y haciendo uso de él con ambas manos. Sir Barnet estimaba como finalidad de su vida la constante y no interrumpida extensión de sus relaciones sociales. Semejante á un cuerpo pesado cuando cae en el agua — y sin que en esta comparación exista el propósito de agraviar en lo más mínimo á tan respetable caballero — estaba en la naturaleza de sir Barnet el dilatar cada vez más el círculo alrededor suyo hasta los límites posibles. O si se quiere, de otro modo, semejante al sonido, cuyas vibraciones